

que jamás se oyó decir que alguno de los que recurrieran á vuestra proteccion, imploraran vuestro auxilio y solicitaran vuestro sufragio, se viese abandonado. Lleno de una plena confianza, vengo, ¡oh Virgen de las virgenes! á arrojarme á vuestros brazos, y gimiendo bajo el peso de mis pecados á vuestras plantas me prosterno. . . . ¡Oh Madre del Verbo! no desdñeis mis oraciones sino escuchadlas propicia y atended á ellas.”

“Copié maquinalmente estas palabras de san Bernardo sin casi meditar en ellas. Estaba cansado, era muy tarde, y necesitaba sosiego.

“El dia siguiente, que era el 16 de enero, mandé visar mi pasaporte y acabé de hacer mis preparativos de viaje; pero de paso, iba repitiendo sin cesar las palabras del *Memorare*. ¿Cómo pues, ¡oh Dios mio! se habian apoderado aquellas palabras tan viva é íntimamente de mi ánimo? No me podia desprender de ellas, veníanseme sin cesar á la memoria y repetíalas continuamente como aquellos trozos de música que os acosan, que os impacientan, y que repetís en vos baja á pesar vuestro y por muchos esfuerzos que hagais para olvidarlos.

“A eso de las once dirigíme á la casa del señor de Bussiére para devolverle su incomprendible plegaria. Habléle de mi viaje á Oriente, y me proporcionó excelentes datos.

“Pero, exclamó repentinamente, es extraño que os ausenteis de Roma en momentos en que todo el mundo viene á concurrir á las pompas

de San Pedro. Acaso nunca volvereis y sentireis no haberos aprovechado de una oportunidad que tantos otros vienen á buscar con tanta curiosidad como ansia.”

“Contestéle que ya habia tomado y pagado mi asiento, que ya habia dado aviso de mi salida á mi familia, que me estaban esperando algunas cartas en Palermo, y en fin, que era de masiadamente tarde para que variase de intencion y que decididamente me marcharia.

“Este coloquio interrumpiólo el repartidor de la correspondencia que traia al señor de Bussiére una carta del padre Ratisbona. Dióme conocimiento de ella, y la lei aunque sin interés alguno porque solo hacia referencia de una obra religiosa que habia mandado imprimir en Paris el señor de Bussiére. Por otra parte ignoraba mi hermano que estuviese yo en Roma. Este inesperado episodio debia abreviar mi visita, porque me disgustaba hasta el mas leve recuerdo de mi hermano.

“Sin embargo, por una incomprendible influencia decidíme á prolongar mi permanencia en Roma. Prestéme á hacer, á instancias de un hombre á quien apenas conocia, lo que habia obstinadamente rehusado á mis amigos y á mis mas íntimos compañeros.

“¿Cuál era pues, ¡oh, Dios mio! aquel irresistible impulso que me obligaba á obrar de una manera á la cual mi voluntad se resistia? ¿No me movia en esto la misma mano que de Strasburgo me impelió á Italia á pesar de las

invitaciones que de Valencia y Paris me dirigieran? ¡No era la misma que de Nápoles me impeliere á Roma á pesar de la determinacion que habia tomado de ir á Sicilia? ¡No era la misma que en Roma, en los momentos de mi salida, me obligaba á hacer la visita que me repugnaba, al paso que no tenia ya tiempo para hacer ninguna de otras que me hubieran sido más gratas? ¡Oh conducta de la Providencia! ¡Luego existe una misteriosa influencia que acompaña al hombre por el sendero de la vida! Habíame dado al nacer el nombre de Tobías, asociado con el de Alfonso; olvidéme de mi primer nombre, empero no se olvidó de él el ángel invisible. Este era el verdadero amigo que me habia enviado el Señor, pero yo no le conocia. ¡Ay de mí! ¡Tantos Tobías hay en el mundo que no conocen á este guía del cielo y que se resisten á las palabras que exhala su labio.”

“No era mi intencion la de pasar el carnaval en Roma; pero queria ver al papa y me habia asegurado el señor de Bussiére que le veria, el primero de aquellos dias, en San Pedro. Hicimos algunas excursiones juntos. Nuestras conversaciones tenian por objeto cuanto notable percibiamos; tan pronto hablábamos de un monumento como de un cuadro, como de las costumbres del país, y con estos diversos asuntos veníanse siempre á complicar las cuestiones religiosas. El señor de Bussiére íbalas trayendo á colacion con tanta franqueza, sosteníalas con

tanto entusiasmo, que más de una vez en el fondo de mi pensamiento, me dije á mí mismo que si algo podia apartar á un hombre de la religion, era el propio empeño que se empleaba para convertirle.

“Mi natural jovialidad inclinábame á reirme de los asuntos más serios, y á las chispas que en mis chanzas arrojaba, veníase el fuego infernal de mis blasfemias, en las cuales no quiero ni aun pensar hoy, pues en tal grado me horrorizan.

“Y sin embargo, el señor de Bussiére, á pesar del dolor que mi conducta le causaba, mostrábase para conmigo con mucha moderacion é indulgencia. Aun llegó una vez á decirme: “En despecho de vuestra ira, estoy íntimamente persuadido de que algun dia sereis cristiano, porque observo un fondo de rectitud en vos que me convence de que se verá vuestra alma iluminada aun cuando para ello os haya de enviar el Señor uno de sus ángeles del cielo.”

“Sea en buena hora, contestéle, porque de otro modo el negocio seria difícil.

“Al pasar por la *Scala santa* llendose el señor de Bussiére de entusiasmo. Púsose en pié dentro del carruage, descubrióse la cabeza, y esclamó con fervor: ¡Salve á tí, Santa Escala! ¡aquí tienes un pecador que algun dia te habrá de subir de rodillas.”

“Imposible me seria espresar el efecto que produjo en mí aquel inesperado movimiento, aquel extraordinario honor tributado á una *scala*,

Reíme de ello como de una accion verdaderamente insensata; y cuando poco después atravesamos por la deliciosa *villa Volkonski* cuyos jardines, siempre llenos de flores, están cortados por los acueductos de Neron, levanté la voz á mi vez y dije parodiando la exclamacion que antes oyera: “Salve, oh vosotras verdaderas maravillas de Dios! ¡ante vosotras deben prosternarse los hombres, en lugar de hacerlo ante una escala!”

“Estos paseos en coche repitiéronse los dos dias siguientes y duraron una ó dos horas. El viernes 19 volví á ver al señor de Bussière, pero parecióme que le veia triste y abatido. Retiréme por discrecion sin preguntarle la causa de su pena que no supe hasta el dia siguiente á medio dia, en la iglesia de San Andrés de los Hermanos.

“Debía yo emprender mi viaje el 22 porque habia vuelto á tomar mi asiento para Nápoles. El pesar del señor de Bussière habia mitigado su fervor proselitico y figurábame que se habia olvidado de su medalla milagrosa al paso que proseguia yo profiriendo sin cesar con una inconcebible impaciencia la eterna invocacion de San Bernardo.

“Entre tanto acontecióme que á eso de la media noche del 19 al 20, me desperté sobresaltado; veia fija delante de mí una cruz grande, negra, de una figura particular, y sin Cristo. Hice grandes esfuerzos para apartar de mí aquella imágen, pero no podia dejar de verla,

y la encontraba siempre delante de mí fuera cual fuese el lado al cual me volviera. No podré decir cuanto tiempo duró esta lucha; por fin dormíme, y el dia siguiente al despertar, ya no volví á pensar en ella.

“Tenia que escribir varias cartas, y me acuerdo que una de ellas, dirigida á la hermana menor de mi novia, terminaba con estas palabras: *¡Dios os guarde!* . . . . Después recibí otra de mi futura, con la misma fecha del 20 y esta por una singular coincidencia, concluia lo mismo: *¡Dios os guarde!* . . . . ¡Aquel dia, en efecto, encontrábame yo bajo la proteccion divina! . . . .

“Sin embargo, si la mañana de aquel dia alguien me hubiese dicho: *Te has levantado judío pero te acostarás cristiano*, habria considerado á quien esto me hubiera dicho como el mas loco de los hombres.

“El jueves 20 de enero, despues de haber almorzado en la hostería y llevado yo mismo mis cartas al correo, fuíme á la casa de mi amigo Gustavo, el pietista, que habia regresado de la caza que le habia tenido ausente algunos dias.

“Admiróse mucho de encontrarme todavía en Roma. Expliquéle el motivo que consistia en las ganas que tenia de ver al Papa.

“Pero iréme sin verle, díjele, por que no ha asistido á las ceremonias de la Cátedra de San Pedro y me habian hecho concebir la esperanza de que en esa festividad le veria.

“Consolóme irónicamente Gustavo hablando-me de otra ceremonia sumamente curiosa que, si

bien me acuerdo, había de celebrarse en la iglesia de Santa María la Mayor; esta era la bendición de los animales. Sobre este particular todo se nos volvió irrisión y chanzas cuales puede figurarse el lector tratándose de un judío y un protestante.

“Nos separamos á eso de las once después de haber quedado en que nos reuniríamos el día siguiente para ir juntos á ver un cuadro que había mandado hacer el barón de Lotzbeck, compatriota nuestro. Dirgime á un café que había en la plaza de España, para recorrer los periódicos, y apenas había llegado allí cuando fué á sentarse á mi lado el señor Edmundo Humann, hijo del ministro de hacienda, y nos pusimos á hablar muy alegremente de Paris, de artes y de política. A poco llegóse á mi otro amigo, que era protestante y que se llamaba el señor Alfredo de Lotzbeck, con quien tuve una conversacion mas fútil todavía, pues hablamos de la caza, de placeres, de las diversiones del carnaval y de la brillantísima tertulia que había habido la noche anterior en la casa del duque de Torlonia. No podia dejarse de hablar de las fiestas de mi casamiento, á las cuales convidé al señor de Lotzbeck, quien me ofreció que concurriría á ellas.

“Si en aquel momento (porque era medio día), otro mas interlocutor se hubiese aproximado á mí y me hubiese dicho: “Alfonso, dentro de un cuarto de hora adorarás á Jesucristo, tu Dios y salvador, estarás arrodillado en una

pobre Iglesia y te golpearás el pecho á los pies de un sacerdote, en un convento de jesuitas donde pasarás el carnaval para prepararte al bautismo, hallandote puesto á inmolarle por la fe católica; y harás completa renuncia del mundo, de sus pompas, de sus placeres, de tu fortuna, y de tus esperanzas y porvenir; y si necesario fuere tambien harás renuncia de tu futura, del cariño de tu familia, del aprecio de tus amigos, de tu adhesion á los judíos... y no aspiraras mas que á seguir á Jesucristo y á llevarle su cruz hasta la muerte...” Digo que si algun profeta me hubiese hecho una prediccion de esta naturaleza; un solo hombre hubiera habido á quien juzgara mas insensato que él, y este habria sido aquel que hubiese creido en la posibilidad de tal locura.

“Y sin embargo, esta locura es la que constituye en el dia mi sensatez y mi ventura.

Al salir del café encontréme con el carruage del señor Teodoro de Bussiére. Detúvose y se me convidó á que subiese para dar un paseo. El tiempo estaba magnífico, y acepté con gusto el convite; pero el señor de Bussiére me pidió permiso para detenerse unos cuantos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos que se encontraba casi á nuestro lado, donde tenia que cumplir con una comision que le habían dado. Propúsome que le esperase en el carruage, pero preferí yo apearme para ver por dentro aquella iglesia. Hacíanse en ella preparativos fúnebres é informéme del nombre del

difunto á quien se iban á tributar los últimos honores. El señor de Bussiére me contestó: “Es uno de mis buenos amigos, el conde de la Ferronnays; su muerte súbita, agregó, es la causa de esa triztesa que habeis debido notar en mí hace dos dias.”

“No conocia yo al señor de la Ferronnays, nunca le habia visto, y de consiguiente no sentí mas impresión, al saber su muerte, que aquel vago pesar que nos comunica la noticia de toda muerte repentina. Separóse el señor de Bussiére de mí para ir á tomar un asiento. “Tened paciencia, díjome subiéndose al claustro, será asunto de diez minutos.”

“La iglesia de San Andrés era reducida, pobre y desierta.... Creíame casi solo en ella... no me llamaba la atención objeto alguno artístico; miraba maquinalmente en derredor de mí sin que se fijase en mi mente pensamiento alguno.... cuando de repente ya nada ví..... ó mejor dicho, ¡¡¡ay Dios mio, solo ví una cosa!!!

“¿Cómo sería posible explicar lo que ví? ¡Oh! no, la voz humana no debe explicar lo que no puede; toda descripción, por sublime que fuese sería una profanación de la verdad inefable.

“Habíame quedado prosternado, anegado en gada en lágrimas, queriéndome salir el corazón del pecho cuando el señor de Bussiére me volvió á la vida.

“No podia yo contestar á las precipitadas

preguntas que me hacia; pero por fin me así de la medalla que tenia colgando al pecho, besé con efusión aquella imagen de la Virgen radiante de mercedes, y observé que era ella... ¡Oh! ¡realmente ella!

“Ignoraba yo donde estaba; no sabia si era Alfonso ú otro; sentia en mí tal cambio que creia ser otro yo mismo.... procuraba volverme á encontrar y no podia.... Llenóse de júbilo mi alma; no pude hablar, ni queria hacer revelacion alguna; sentia interiormente algo solemne y santo que me hizo pedir un sacerdote; condujéronme á él, y hasta que no hube recibido de aste la orden terminante de que hablese, no hablé como pude, de rodillas y con el corazón palpitándome.

“Las primera palabras que proferi fueron de gratitud hácia el señor de la Ferronnays y á la archicofradia de Nuestra Señora de las Victorias. Yo sabia de de una manera cierta que el señor de la Ferronnays habia orador por mí (1) pero no me es dable decir cómo lo supe, como tampoco sabre explicar cómo llegué á adquirir tan repentinamente y de un golpe el conocimiento de las verdades de la religion y de la fe

(1) Notorio es que el señor de la Ferronnays, después de haber edificado á Roma con sus virtudes y con la piedad que mostró en los últimos años de su vida, murió repentinamente el 17 de enero en la tarde. La víspera habia comido en la casa del principe Borghese donde el señor de Bussiére recomendó el joven israelita á las oraciones del señor de la Ferronnays que mostró tomar, en esta conversión, un interés vivísimo.

en ellas. Lo único que pude decir es que en el momento de la vision cayó de mis ojos la venda, ó mejor dicho, todas aquellas infinitas vendas con las cuales habia estado envuelto, desaparecieron sucesiva y rápidamente así como la nieve, el lodo y el hielo desaparecen bajo la accion de un sol ardiente.

“Salía yo de un sepulcro, de una morada de tinieblas, y encontrábame vivo, realmente vivo. . . . ¡cuánto lloraba! Percibia, allá en el fondo del abismo, las extremas miserias de las cuales me habia sacado una misericordia infinita; contemplaba mis enorme iniquidades y quedábame atónito, enternecido de admiracion y de agradecimiento. . . . Pensaba en mi hermano con una indecible alegría; pero á mis lágrimas de amor mezclábanse lágrimas de lástima. ¡Ay de mí! decíame; ¡cuántos hombres bajan tranquilamente á ese abismo con los ojos cerrados por el orgullo ó por la idiferencial! ¡cuántos hombres se sumergen vivos en esas horribles tinieblas! . . . ¡¡y mi familia, mi futura, mis infortunadas hermanas!! . . . ¡Oh inquietud desgarradora; ¡en vosotras pensaba oh vosotras á quienes tanto amo! ¡á vosotras consagraba mis primeras preces! . . . ¡No levantareis los ojos, decíame yo, hacia el Salvador del mundo que borró el pecado original con su sangre? ¡Cuánto es horrible la mancha que ese pecado deja impresa! Vuelve inconocible á la criatura que formara Dios á su imágen.

“Se me pregunta cómo llegué á aprender estas verdades, supueso que les notorio que nunca tuve un libro religioso en mis manos, que jamás leí una sola página de la Biblia, y que el pecado original, que absolutamente han olvidado ó niegan los judíos de nuestra época, nunca habia ocupado mi mente, y aun dudo que hubiera nunca conocido su nombre. ¿Cómo, pues, alcancé á saberlo? No puedo decirlo. Todo lo que sé es, que al entrar á la iglesia todo lo ignoraba, y que al salir de ella todo distintamente lo percibia. No puedo explicar este cambio sino sirviéndome de la comparacion de un hombre á quien se despertase súbitamente de un profundo sueño, ó por medio de la analogía de un ciego de nacimiento que adquiriese repentinamente la vista; veria, pero no podria definir la luz que le alumbrara, y en medio de la cual contemplaba los objetos que le admiraran. Y si no puede uno explicar la luz fisica, ¿cómo hubiera de poder explicar esa luz que en sustancia, no es sino la verdad misma? Parece que acierto con decir que no tenia ciencia alguna de la letra, pero que sí entreveía el sentido y el espíritu de los dogmas. Estas cosas sentialas mas de lo que las veía, y sentialas por los inesplicables efectos que en mí produjeron. Todo lo que en mí pasaba era interior, y estas impresiones, mil veces mas rápidas que el pensamiento, mil veces mas profundas que la reflexion, no habian siquiera conmovido mi alma, pero sí la habian como cambiado, como

encaminadola en direccion diversa hácia otro fin, á otra nueva vida.

“Me esplico mal sin duda; pero ¿cómo queris que con mezquinas y áridas palabras esplique sentimientos que apenas caben en el pecho?

“Sea lo que fuere de este lenguaje inexacto é incompleto, lo que hay de positivo es que me encontraba yo hasta cierto punto como un ser desnudo, como una tabla rasa... Nada era ya el mundo para mí, ya no existian mis preveniciones contra el cristianismo; de las preocupaciones de mi infancia no quedaba ya la menor huella; el amor á mi Dios habia tomado en grado tal el lugar del amor á todo otro objeto, que mi misma futura se me presentaba bajo un punto de vista nuevo. Amábala como amáramos á un objeto que tiene Dios entre sus manos, como un dón precioso que hace que se aumente el amor que ya tuviéramos al donante.

“Repito que supliqué encarecidamente á mi confesor, al R. P. de Villefort y al señor de Bussiére, que guardasen su secreto inviolable con respecto á lo que me habia sucedido. Quise sepultarme en el convento de los trapistas para no ocuparme ya sino en las cosas eternas, y tambien, lo confieso, porque juzgaba que los individuos de mi familia y mis amigos me tendrían por loco, me ridiculizarian, y parecíame que me estaba mejor apartarme totalmente del mundo y huir de sus palabras y de sus juicios. Sin embargo, dos superiores eclesiásticos

me hicieron ver que el ridículo, las injurias y los falsos juicios hacian parte del cáliz de un verdadero y fiel cristiano; indujéronme á que bebiese este cáliz, y me advirtieron que Jesucristo habia predicho á sus discípulos que tendrían que sobrellevar trabajos, que padecer tormentos y suplicios. Estas graves palabras, bien léjos de desalentarme, aumentaron el júbilo que interiormente sentia; hallábame á todo dispuesto y solicité con ahinco el bautismo. Quisieron diferirlo, empero exclamé yo dirigiéndome á ellos: ¡Cómo! los judíos que oyeron la predicacion de los apóstoles recibieron inmediatamente el bautismo; ¡y queréis demorármelo á mí despues de haber oido á la reina de los apóstoles! Mis emociones, mis vehementes deseos y mis súplicas conmovieron á aquellos caritativos varones que me acogieron, y se me hizo la promesa, por siempre venturosa, de que se me administraria el bautismo.

“Casi no podia yo esperar el dia designado para la realizacion de esta promesa; ¡hasta este punto me veía disforme ante Dios! Y entretanto, ¡cuántas bondades, cuánta caridad se me manifestó durante los dias destinados para prepararme! Habia entrado al convento de los padres jesuitas para vivir en el retiro bajo la direccion del P. de Villefort, que alimentaba mi alma con cuanta suavidad y unción tiene la palabra divina. Aquel varon de Dios no era un hombre, sino un corazon, sino la caridad celestial personificada. Pero apenas hube abierto

los ojos cuando descubrí en derredor de mí otros hombres de la misma especie, cuya existencia ni siquiera imagina el hombre. ¡Dios mío, cuánta bondad, cuánta delicadeza y cuánta gracia existe en el corazón de aquellos verdaderos cristianos! Todas las noches, durante mi retiro, llegábase hácia mí el venerable superior general de los jesuitas, y derramaba un celestial bálsamo en mi alma. Decíame unas cuantas palabras, y estas palabras parecían abrirse y ensancharse en mí á medida que las escuchaba, y llenábame de júbilo, de luz y de vida.

“Aquel sacerdote tan humilde y al mismo tiempo tan poderoso, hubiera podido no hablarme, porque su solo aspecto producía en mí el efecto de la palabra; su memoria, todavía hoy, basta para recordarme la presencia de Dios y reanimar en mí un vivísimo agradecimiento. No tengo términos con que espresar este agradecimiento, pues necesario sería que estuviese dotado de un corazón infinitamente mas vasto, y que tuviese cien bocas para decir cuánto amor siento para con aquellos varones de Dios, para con el señor Teodoro de Bussiére, que para mí fué el ángel de María, y para con la familia de la Ferronays, á quien profesó una veneración y un cariño incomparables.

“El día 31 de enero llegó por fin, y no unas cuantas almas, sino toda una multitud de almas caritativas y piadosas, me envolvió, por decirlo así, de simpatía y ternura. ¡Cuánto diera yo

por conocerlas para tributarles las gracias! ¡Ojalá oren siempre por mí como oro yo por ellas!

“Oh Roma, que gracias encontré en tu seno!

“La madre de mi salvador lo habia dispuesto todo de antemano, pues habia hecho que estuviese allí un eclesiástico francés que me hablase en mi lengua natal en el momento solemne del bautismo, y este fué el señor Dupanloup, cuya memoria se asociará toda mi vida á las mas vivas emociones que sienta. Dichosos los que han escuchado su voz, porque los ecos de aquella potente palabra, que se han repetido despues, jamás producirán el efecto que la palabra misma. ¡Ay! sentía yo, sí, que la inspiraba aquella misma madre, que era el asunto de su discurso.

“No referiré los pormenores concernientes á mi bautismo, confirmación y primera comunión, gracias inefabes que recibí aquel mismo dia de manos de Su Eminencia el cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad.

“Muy largo escribiría si me dedicase á espresaros mis impresiones, si repitiese lo que ví, oí y sentí. . . si especialmente recordase la caridad que se me prodigara; únicamente citaré aquí al eminentísimo cardenal Mezzofante. . . el Señor ha dotado á este varon ilustre del don de lenguas, como premio que se ha servido conceder á aquel corazón afectuosísimo para con todos.



“Estábame reservado recibir un postrer consuelo. Y esto mismo un día me sucedió.”

“Os acordareis de que tenia yo un vehemente deseo de ver al santo Padre, deseo, ò mas bien curiosidad que me habia hecho detenerme en Roma; pero estaba léjos de imaginar en qué circunstancias se efectuaría. Como niño recién nacido para la Iglesia presentóseme al Padre de la universalidad de los fieles. Parecióme que, desde mi bautismo, experimentaba para con el sumo pontífice los sentimientos de respeto y amor de un hijo; consideréme, pues, muy venturoso cuando se me anunció que me daría audiencia á la cual seria conducido por el R. P. general de los jesuitas; mas no obstante tan plausible nueva, temblaba yo porque nunca habia comparecido ante los grandes de la tierra, y estos grandes me parecían entonces muy pequeños comparados con aquella verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecían estar concentrados en aquel que posee el poder de Dios en la tierra, en el Pontífice que, por una sucesion no interrumpida, tomó su origen en San Pedro y el sumo sacerdote Aaron, y que ha sucedido al mismo Jesucristo cuya cátedra eterna ocupa.”

“Jamás olvidaré el temor y los latidos de corazón que me sobrecogieron al entrar en el Vaticano; al atravesar por tantos vastos patios, por tantos imponentes salones que conducen al santuario del sumo Pontífice. Pero toda la inquietud que sentia disipóse y dió lugar á la sor-

presa y al asombro, cuando le ví á él mismo tan sencillo, humilde y paternal. No era aquel varon un monarca, sino un padre que con una extrema bondad me trataba como á un amadísimo hijo.

—“¡Dios mio! ¿suciedera lo mismo el día final, cuando deba comparecer ante vos para dar cuenta de todas las gracias recibidas? Tiembla uno á la idea de las grandezas de Dios y teme su Justicia; pero en vista de su misericordia renacerá sin duda la confianza y con ella un amor y un agradecimiento sin límites.”

“¡Agradecimiento, tú serás mi ley y mi vida en lo sucesivo! No puedo expresar este sentimiento con palabras, pero procuraré manifestarlo con mis obras.”

“Las cartas que he recibido de mi familia me ponen en una libertad completa; esta libertad se la consagro á Dios y se la ofrezco desde ahora con mi existencia toda para servir á la Iglesia y á mis hermanos bajo el amparo de María.”

#### M. COLLIN DE PLANEY.

M. COLLIN DE PLANEY nació cerca de Arcis sobre Auba el 28 de enero de 1796. Hizo en Troyes excelentes estudios. Después de ha-